

La mujer como sujeto y objeto de estudio en la historia de las ciencias sociales en México

María García Castro

Introducción

Como una parte de la historia de la ciencia queremos reflexionar sobre un aspecto social de la misma, que consideramos prioritario: la participación de las mujeres. Y, en particular, sobre su participación en la instauración o institucionalización de las ciencias sociales en México. Consideramos que con ello podemos contribuir a un mayor conocimiento de la práctica científica y de las relaciones sociales en que se desenvuelve; pues obviar el género en estas relaciones distorsiona y deforma la realidad estudiada. Buscamos incorporar la perspectiva de género al análisis de la historia de la ciencia; en particular, a la historia de la institucionalización de las ciencias sociales en México, y con ello, enriquecer el análisis.

La historia de la ciencia en México parece no incluir o, al menos, no dar gran importancia a la participación de las mujeres sino hasta hace muy poco tiempo. Si bien pudiera pensarse que en todo el mundo las mujeres se incorporaron de manera plena a la actividad científica sólo hasta la segunda mitad del siglo xx, lo cierto es que diversos estudios contemporáneos se han ocupado de mostrar que – no sin grandes dificultades – las mujeres participaron siempre en la construcción del conocimiento, aunque sin obtener el debido reconocimiento, sea porque éste se acreditaba a otros, sea porque aquél no se consideraba científico (Alic, 1986; Shiebinger, 1986 y 1989).

Los nombres que acostumbramos citar y reconocer cuando se habla del proceso de creación y consolidación de los centros de investigación y docencia, de las academias

de ciencias en general y de las ciencias sociales en particular, o del inicio de las grandes empresas académicas, son siempre masculinos. Cuando se habla de la historia de la ciencia, escasamente, y como excepción, encontramos algunos nombres de mujeres que lograron ingresar, a pesar de estar excluidas de los centros de educación y de las sociedades de los hombres de ciencia.

Además de estas mujeres excepcionales (y excepcionalmente reconocidas), existen otras muchas que también desarrollaron aportaciones importantes al saber y el conocimiento, pero cuyo trabajo no es visibilizado por no haberse apegado a los moldes masculinos impuestos en la producción del conocimiento. El fenómeno de la invisibilización de las mujeres, no es exclusivo de las ciencias sino que, nunca está de más decirlo, es el común denominador de todos los espacios identificados con la así llamada vida pública, en prácticamente todo el mundo.

Prueba de la excepcionalidad que reviste el reconocimiento social de los personajes femeninos, más allá del campo de la ciencia, es la existencia de algunos textos que más que una curiosidad, son un registro de una forma de pensamiento. Algunos de ellos los menciona Aurora Tovar (1993:3), como el *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres* del escritor español Vicente Díaz Canesco¹; el *Ensayo de diccionario de mujeres célebres*, de Federico Carlos Sáenz de Robles², y el muy reeditado *Mujeres célebres*, de Lucinde Mezenod³. Así como a otros dos textos que tienen este mismo sentido, que son, *Galería de mujeres ilustres*, de Raquel Escobedo (sobre relatos precolombinos en donde participaron mujeres⁴); y *Mujeres notables mexicanas*, la “recopilación de ochenta biografías de mujeres mexicanas publicada en 1910 por Laureana Wright” (Tovar, 1993)⁵, textos, estos últimos, que rescatan

1. Se refiere a la obra *Diccionario biográfico universal de mujeres célebres o compendio de la vida de todas las mujeres que han adquirido celebridad en las naciones antiguas y modernas, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Contiene las biografías de las santas y mártires más célebres, con expresión del día de su fiesta: de las reinas y princesas ilustres por sus grandes hechos y sabiduría de su gobierno, o de su fatal recordación por sus maldades de las mujeres que han adquirido el nombre de “heroínas” por su valor cívico o militar, de las sabias y escritoras, con indicación de sus opiniones y sistemas de sus obras y de las mejores ediciones y traducciones que de ellas se han hecho; de las artistas célebres y, en fin, de todas aquellas que merecen una mención en la historia política, social y artística de todas las naciones, por sus talentos, valor, desgracias, virtudes o vicios: dedicado a las señoras españolas* (Madrid, Imprenta de Don José Félix Palacios, 1844).
2. Federico Carlos Sainz de Robles: *Ensayo de un diccionario de mujeres célebres* (Madrid, Aguilar, 1859).
3. Del cual encontramos al menos tres versiones, entre las que destaca la primera en español: Lucienne Mazenod, *Las mujeres célebres* (trad. Juan Eduardo Cirlot, Barcelona, Gustavo Gili, 1966, 2 vols.; pero cuya última reimpresión data de 1996).
4. Raquel Escobedo, *Galería de mujeres ilustres* (México, Editores Unidos Mexicanos, 1967), que no tuvimos oportunidad de revisar.
5. En realidad son 116 biografías. Cf. Laureana Wright de Kleinhans, *Mujeres notables mexicanas* (México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes/Tipografías Económicas, 1910).

biografías y datos de mujeres memorables para bien y para mal. Pero son libros que pueden contenerlas a “todas” porque existe muy poca documentación al respecto.

También, gracias a publicaciones mucho más documentadas, como *Mil quinientas mujeres en nuestra conciencia colectiva: catálogo biográfico de mujeres de México*, de la propia Aurora Tovar (1996), hoy podemos conocer con certeza los nombres y profundizar en las vidas de algunos cientos de mujeres de la historia mexicana. Algunos otros trabajos en este sentido se han elaborado en otros países latinoamericanos, como Venezuela (Lemoine, 1986 y 1993), Puerto Rico (Azize, 1993) y Argentina (Barrancos, 2000 y 2007; García, 2006), en donde se recuperan importantes trayectos de la participación femenina dentro de las disciplinas científicas.

Entre los muy pocos nombres femeninos, realmente emblemáticos que la cultura mexicana reconoce ampliamente y sin empacho, está sin duda, junto al de Sor Juana Inés de la Cruz, el de Rosario Castellanos, escritora y diplomática mexicana nacida en 1925, en la Ciudad de México. Aunque creció en Chiapas, en el rancho de sus padres, tras quedar huérfana, a los 16 años Rosario Castellanos regresó a la Ciudad de México para estudiar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, conviviendo ahí con una pléyade de escritores e intelectuales mexicanos y latinoamericanos, antes de emprender un temerario viaje a España en donde realiza una estancia que inicia en 1950 y concluye en 1951.

Para recibir el título de maestra en Filosofía, la joven Rosario Castellanos, con 25 años de edad, escribe en 1950 un ensayo pionero del pensamiento feminista, en el cual reflexiona sobre la relación que las mujeres tienen con las actividades culturales; un tema que permaneció entre sus inquietudes a lo largo de su vida. La obra se titula *Sobre cultura femenina* (1950). En este ensayo filosófico analiza la difícil posición de las mujeres en el terreno de la cultura, que las coloca en la posición de “serpientes marinas” (seres inexistentes). De esta manera, denuncia que la cultura universal es una cultura eminentemente masculina, hostil y descalificadora de las mujeres; pero destaca y recuerda que existen, a pesar de ello, un sinnúmero de obras y manifestaciones culturales realizadas por mujeres que han podido trascender y transgredir las prohibiciones que la sociedad y la cultura les impone como limitaciones a su creatividad.

Castellanos revisa, a este respecto, las posiciones misóginas de una larga lista de autores, desde Virgilio, San Pablo y Santo Tomás hasta Balzac, Molière, Nietzsche y Schopenhauer; frente a cuyas posturas destaca la incuestionable presencia y creatividad de autoras como Safo, Santa Teresa de Ávila, Virginia Woolf y Gabriela Mistral. Con ello, Castellanos intenta convocar a conocer este mundo de mujeres en la cultura, sus obras, sus condiciones, sus luchas contra las limitaciones; e invita a entender cómo lograron estas mujeres escapar para convertirse en creadoras y a

reconstruir una historia de las mujeres que realizan creación intelectual; y mediante el conocimiento y la divulgación de estas historias, promover la apropiación de las mujeres de este mundo de la cultura.

Construir una genealogía de mujeres en la historia de la cultura y del conocimiento, visibilizar su presencia, por escasa que sea, es una tarea y una empresa en la que ella misma es, al mismo tiempo, objeto y sujeto, y una tarea que reclama la legitimación de las actividades intelectuales de las mujeres.

Mucho antes que Rosario Castellanos, la otra mujer reconocida ampliamente en el firmamento cultural mexicano, Sor Juana Inés de la Cruz, ya había hecho lo propio, durante el siglo XVII, al reivindicar la existencia de las mujeres sabias y su derecho a participar del conocimiento y el saber. Primero, al demostrar, mediante la *Carta atenagórica* su enorme capacidad para criticar y discutir en un plano teológico, con prelados u obispos del calibre del jesuita portugués Antonio Vieira, sobre la interpretación de los dogmas y la doctrina cristiana y, después, al elaborar en su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* una biografía intelectual plagada de poderosas razones feministas sobre el derecho de una mujer letrada no sólo a criticar y a discutir, sino a la simple curiosidad intelectual y al conocimiento.

Es importante señalar que el espacio o contexto cultural desde donde lo hace (el convento, que es a fin de cuentas un sitio de reclusión de mujeres), no goza para nada del prestigio académico ni de la protección que brinda la Universidad Nacional, por lo que dichas cartas, pero sobre todo su desparpajo intelectual y la agudeza de su ingenio, mezcladas con su condición femenina y el resentido entrono político dentro de la Iglesia mexicana, se volvieron una mezcla explosiva que la llevó a silenciar de manera obligatoria su producción literaria.

Para finales del siglo XX, como parte de esta historia y de esta genealogía de mujeres destacadas, se han producido importantes investigaciones sobre varias figuras emblemáticas de la cultura mexicana, como Frida Kahlo, Pita Amor, Antonieta Rivas Mercado o Nahui Ollin, quienes junto con las antes mencionadas, constituyen sólo una pequeña muestra, visible y reconocida, a pesar de múltiples obstáculos, de un conjunto mucho más amplio, oculto por la invisibilización en que la historia y la cultura mantiene sumida la participación de las mujeres en la creación de las instituciones y en las actividades de la cultura y el conocimiento.

Existe pues, desde hace algunas décadas, la preocupación por recuperar, documentar y reconocer que la ausencia femenina en estos espacios no ha sido tan extrema como nos lo ha hecho pensar la historia o las historias oficiales. Así, muchos estudios históricos e historiográficos se han dado a la tarea de investigar, por ejemplo, la presencia de las mujeres en la literatura, en la contabilidad (de las haciendas, casas y conventos), en la Revolución Mexicana; en la medicina y el periodismo, así como

en el magisterio; con la finalidad de reincorporar a las mujeres a la historia nacional (Ramos Escandón, 1992).

Así, también, otros estudios se han ocupado de analizar los espacios femeninos para la enseñanza y el conocimiento (como los conventos y las escuelas de monjas) como medios para entender la relación de las mujeres con el saber (Muriel, 1982; Martínez Cuesta, 1996; Glanz, 1992). De esta forma, sabemos de algunas otras mujeres, que aunque no alcanzan la misma fama y reconocimiento, están ahí, aun en el convento, como presencias femeninas en el saber. Sabemos, por ejemplo, entre otras, muy poco conocidas, de la escritora sor Luisa de San Nicolás (1594-1668), autora de crónicas e importantes hagiografías; de la enfermera y partera Josefa Antonia Gallegos, cuya biografía *La abeja de Michoacán* escribió José Antonio Ponce de León, según lo refieren tanto la biografía de Laurena Wright como el libro de Antonio Rubial García (2006, p. 207); y de la astrónoma Francisca Gonzaga de el Castillo (*sic*), redescubierta por la propia Aurora Tovar en su investigación sobre las pioneras de la ciencias mexicanas (2005), y que son sólo algunas de las excepciones absolutas que libran a medias las limitaciones del acceso al saber y sobre todo las limitaciones de la invisibilización de la historia.

La escuela es, por excelencia, el lugar para la formación de los científicos, sin embargo, durante mucho tiempo, el acceso a ella no ha sido equitativo para los hombres y las mujeres. El ínfimo alcance de la educación escolar femenina en México puede mostrarse con un dato contundente: en 1874, existían en todo el país, quince escuelas secundarias para mujeres y tres conservatorios: el de Yucatán, el de Valladolid y el de la Ciudad de México, con un total de 2300 alumnas (Cosío Villegas, en Tovar, 1993, p. 7).

En cuanto a la educación superior, ésta no era accesible a las mujeres, pues salvo el título de partera, el resto les estaba vedado. No fue sino hasta 1886 que se otorgó el primer grado en medicina a una mujer (Matilde Montoya); y un año antes se otorgó a otra mujer (Margarita Chorné) el primer grado en odontología, aunque ésta no era todavía una especialidad médica, estatus que consiguió hasta 1903, según afirma Lourdes Alvarado (2003), siguiendo a Milada Bazant y Cecilia Cano. Pero fueron efectivamente esas dos las primeras mujeres graduadas en México (Tovar, 1993), en un movimiento importante que significó el inicio de la profesionalización femenina; pues de acuerdo con Rodríguez de Romo y Castañeda (2012, p. 10): “en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional, se graduaron 84 médicas a partir de 1887 – año en que se recibió la primera, Matilde Montoya – y hasta 1937.

En el campo del magisterio la situación es diferente y pudiera considerarse un puente para el ingreso a la trayectoria universitaria. La formación como maestras, por ser una actividad más vinculada culturalmente a las tareas prototípicamente femeninas, fue un

campo al que se les permitió acceder a las mujeres, y desde el que algunas saltaron más tarde a la Escuela de Altos Estudios o a la Universidad Nacional, que había impulsado la matrícula femenina en la Escuela Nacional Preparatoria y que ya en 1910 permite el acceso a las mujeres a todas sus carreras, al menos formalmente (Alvarado, 2003).

El porfiriato, según informa González Jiménez (2006, p. 778 y cuadro 2) tuvo un muy fuerte impacto en la educación básica en general y en el de las mujeres en particular, al quintuplicar el número de escuelas y triplicar la matrícula de la educación básica en el Distrito Federal. Entre 1875 y 1910 se pasó de 64 a 338 planteles y de doce mil a cincuenta mil alumnos inscritos. Así, mientras que en 1875 las mujeres inscritas eran 4,157 (o sea, el 33.9 por ciento del total), para 1910 su número se alzaba ya 26,439, lo cual representaba un poco más del cincuenta por ciento. Ello fue posible, en parte, gracias al impulso que se dio a la formación de profesoras.

CUADRO 1

Escuelas y Matrícula de Primaria por Sexo en el Distrito Federal, 1875 y 1910

AÑO	ESCUELAS	ESTUDIANTES		% ALUMNAS
		Hombres	Mujeres	
1875	64	8 098	4 157	33.9
1910	338	25 641	26 439	50.7

Fuente: González Jiménez (2006, p. 778).

Alvarado (2003) plantea que hubo efectivamente un proceso de “feminización” de la carrera magisterial ligado a la consideración de que se trataba de una actividad femenina que tomaba en cuenta “la supuesta capacidad innata de las mujeres para las tareas educativas y el cuidado de la niñez;” lo cual “encajaba a la perfección con el esquema ideológico y simbólico de la sociedad porfirista.” Pero, subraya, que tal proceso también se debió “a intereses de orden económico, pues las profesoras recibían sueldos más bajos que sus compañeros varones, lo que redundaba en un atractivo ahorro para las finanzas públicas.

De acuerdo con González Lobo (2007, p. 56), “desde 1887, la Escuela Nacional Secundaria de Niñas expedía títulos de profesoras de instrucción primaria y secundaria y, en 1890, se transformó en Escuela Normal para Profesoras de Instrucción Primaria”, absorbiendo, hacia 1906, más de noventa por ciento de la matrícula femenina (González Jiménez, 2006, p. 782 y cuadro 3). Esto a pesar de que la Escuela Nacional Preparatoria no restringía el acceso a las mujeres y de que el gobierno estaba comprometido en impulsar la educación profesional de las mujeres. Al respecto, Lourdes Alvarado hace el seguimiento de un número importante de mujeres que ingresaron a partir de 1885 a este último plantel y entre las cuales figuran las primeras matriculadas y, posteriormente, tituladas universitarias (Alvarado, 2003).

A nivel de la educación media superior y superior, la participación de la mujer en la matrícula de la se vuelve constante a partir de 1924, llegado a ser equivalente a la masculina en el año 2000, para superarla en el año 2005 y mantenerse por encima desde entonces (aunque los datos relativos a la matrícula escolar de la Universidad Nacional Autónoma (Unam) no representan el total nacional, sí son representativos de la evolución de la matrícula del país).

CUADRO 2

Desarrollo de la Matrícula Estudiantil de la Unam en los Niveles de Educación Media Superior y Superior, por Género 1924-2015

AÑO	HOMBRES	% HOMBRES	MUJERES	% MUJERES	TOTAL
1925	7,965	82.95%	1,637	17.04%	9,602
1930	6,812	71.24%	2,749	28.71%	9,561
1935	8,078	79.87%	2,035	20.12%	10,113
1940	13,547	79.26%	3,543	20.73%	17,090
1945	18,193	78.08%	5,107	21.91%	23,300
1950	20,374	81.66%	4,575	18.33%	24,949
1955	30,948	83.43%	6,146	16.56%	37,094
1960	49,054	82.37%	10,495	17.62%	59,549
1965	58,896	78.63%	16,004	21.36%	74,900
1970	48,852	77.10%	14,505	22.89%	63,357
1975	155,578	69.77%	67,404	30.22%	222,982
1980	190,053	64.52%	104,489	35.47%	294,542
1985	152,597	59.44%	104,096	40.55%	256,693
1990	144,516	54.72%	119,542	45.27%	264,058
1995	137,077	51.57%	128,720	48.42%	265,797
2000	128,161	50.16%	127,335	49.83%	255,496
2005	135,429	48.53%	143,625	51.46%	279,054
2010	153,209	48.70%	161,348	51.29%	314,557
2015	168,291	49.13%	174,251	50.86%	342,542
Total	1,627,630	57.61%	1,197,606	42.38%	2,825,236

Fuente: Elaboración propia con base en los datos de la página <http://www.planeacion.unam.mx/Agenda/>.

Otra parte de la educación de las mujeres mexicanas, que a principios del siglo xx se integrarán al estudio de las ciencias sociales, se lleva a cabo en la práctica laboral de algunas instituciones como el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (fundado en 1790 y base de los museos nacionales), cuyo director, el historiador Genaro García, era, según lo recuerda Ramos Escandón (2001), un feminista de fin de siglo que escribió sobre la educación de las mujeres y contrató a algunas de ellas cuando fue director del Museo Nacional.

Tal es el caso de Isabel Ramírez Castañeda, nacida en 1881, que se convertiría en una de las pioneras de la arqueología mexicana. Cuando Genaro García se hizo cargo de la dirección del Museo Nacional (1907) y contrata a Eduard Seler para que clasifique todo el acervo, le ofrece de ayudante a Isabel Ramírez Castañeda, una maestra normalista que había asistido a las cátedras de arqueología del propio museo, que fue después ayudante de Leopoldo Batres en la misma tarea de clasificación, para lo cual obtuvo (aunque nunca devengó) una beca de la Universidad de Columbia con el fin de que trabajara como recolectora de datos para la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología (Rutsch, 2003, p. 8); debido a lo cual colaboró con Manuel Gamio en las exploraciones de Azcapotzalco y de Culhuacán (Gamio, 1942) al mando de Franz Boas, de quien Ramírez Castañeda fue alumna y a quien, además, sirvió como intérprete traductora, pues había aprendido náhuatl (Rutsch, 2003, p. 9). Al respecto escribe Ruiz Martínez siguiendo a Gabriela Cano y a Mechthild Rutsch:

Hay que resaltar que Isabel se benefició de un período de transformación en el sistema educativo mexicano, que especialmente afectó a las mujeres. Isabel era una de las treinta mujeres que estudiaron en la Escuela de Altos Estudios de la Ciudad de México, una institución inspirada en el Teacher's College de la Universidad de Columbia en Nueva York. En esta escuela recibió lecciones de antropología y lingüística de Franz Boas. Durante las dos primeras décadas del siglo, esta institución [Altos Estudios] experimentó un importante proceso de feminización y la proporción de mujeres aumentó de un quince por ciento en 1910 a un 78 por ciento en 1924. Las mujeres que alcanzaban estudios superiores se dirigían a profesiones que no desafiaban su función simbólica como madres-cuidadoras. Como antropólogas o maestras, tenían un rol específico dentro de un proyecto nacionalista civilizador, educando a las poblaciones indígenas (Ruiz Martínez, 2006).

Además, Isabel Ramírez Castañeda fue, al parecer, la primera arqueóloga mexicana que elaboró un artículo científico: "Apuntes acerca de los monumentos de la parroquia de Tlanepantla", publicado en 1912 en los *Anales del Museo* (Rutsch, 2003; Silva Roa, 2008).

Aunque su nombre prácticamente desapareció de la historia de la arqueología mexicana, debido al consabido proceso de invisibilización:

Isabel Ramírez Castañeda es la primera mujer mexicana que incorpora a la práctica arqueológica científica las primeras técnicas y métodos en el proceso de excavación, la fotografía y la estratigrafía, además del apoyo etnográfico y lingüístico para la interpretación de los hallazgos a partir de la teoría histórico-cultural (Silva Roa, 2008, p. 57).

Por su parte, la maestra Eulalia Guzmán Barrón (1890-1985) es la otra normalista pionera de la arqueología en México. Pero, al contrario que Isabel Ramírez Castañeda, quien se desarrolla en el reducido y complicado campo de las relaciones institucionales, la carrera de Guzmán no tiene límites espaciales o temporales. Ni en cuanto su formación: estudia en Estados Unidos didáctica de las matemáticas; organización escolar en Alemania y Suiza; filosofía y arqueología en México; ni en cuanto a su actividad: desde joven funda grupos de mujeres dedicadas a la política y escuelas de diferentes niveles; representa al Consejo Feminista Mexicano en el Congreso de la Liga de Sufragistas de 1922, en Baltimore, Maryland; funda la escuela para yaquis en Sonora; se une a las tareas educativas de Vasconcelos, como jefa de la campaña de alfabetización y creadora de las escuelas nocturnas; participa como ayudante de Alfonso Caso en la excavación de la Tumba 7 de Monte Albán, y durante cuatro años se dedica al estudio de los documentos de las antiguas culturas mexicanas en Europa para dedicarse los siguientes 28 a formar y enriquecer el acervo del Inah, siendo pionera en casi todas las actividades que llevó a cabo. Pero tampoco tuvo límites su tendencia hacia la libertad de pensamiento y hacia la necesidad de construir una arqueología nacional desvinculada de la disciplina heredada del colonialismo y del eurocentrismo (Silva Roa, 2006).

Eulalia Guzmán es también un caso ejemplar de la forma simplista en que el prestigio ganado por una mujer puede hacerse añicos por un error “imperdonable”, que quizás no habría tenido el mismo efecto de haberlo cometido un hombre. Ruiz Martínez resume así su relato:

[...] la carrera de Eulalia como arqueóloga, profesora y educadora se vio cuestionada e invalidada tras el controvertido hallazgo que protagonizó en 1949. Ese año declaró haber descubierto los huesos de Cuauhtémoc, el último líder azteca que luchó contra los conquistadores españoles. El hallazgo se realizó en Ichcateopan, en el estado de Guerrero. En esos momentos, la fotografía de Eulalia Guzmán como personaje esencial de este descubrimiento apareció en la página central de muchos periódicos nacionales, pero hoy su presencia en la historia de la arqueología es casi inexistente y habita las memorias de muchos mexicanos

como una vieja y loca mujer. El hallazgo fue calificado como falso, envuelto en un capítulo de engaños y presiones políticas. A Eulalia se la conoce más por que hizo mal, es decir, por su mala práctica científica, que por lo que hizo – bien – como arqueóloga, maestra, intelectual y política (Ruiz Martínez, 2006, pp. 137-138).

También en las normales del país se formó otro importante grupo de mujeres mexicanas que vivieron y contribuyeron a la transición del siglo XIX al XX, participando en la creación de las profesiones en las que se comprometieron.

Algunas de las primeras periodistas, anarquistas y revolucionarias mexicanas, pertenecieron antes al magisterio nacional. Tales son los casos de las integrantes femeninas del Partido Liberal Mexicano, entre las que figura la periodista Dolores Jiménez y Muro, fundadora de varias publicaciones contrarias al régimen porfirista, entre las que destaca *Fiat Lux*, así como de clubes femeniles antireeleccionistas. Fue respetada por Emiliano Zapata quien la nombró generala, aunque su avanzada edad (había nacido en 1848) le impidió unirse a la lucha armada, pero no la salvó de que el ejército federal de Victoriano Huerta, la metiera a la cárcel en 1914 por sus publicaciones.

Más jóvenes, pero también maestras normalistas, sus compañeras de lucha, Elisa Acuña Rossetti y Juana Belén Gutiérrez de Mendoza participaron con los hermanos Flores Magón y Camilo Arriaga en la formación del Club Liberal Ponciano Arriaga, núcleo original del Partido Liberal Mexicano; fundaron, entre otros órganos periodísticos, el diario *La Reforma*, considerado el primer periódico indigenista y pelearon en la revolución al lado del zapatismo.

En 1927, Elisa Acuña Rossetti dirigió la sexta misión cultural como parte del programa de erradicación del analfabetismo. En tanto que Juana Belén Gutiérrez, fue toda su vida una periodista políticamente comprometida y tradujo a los más importantes autores anarquistas, como parte de su tarea de difundir el pensamiento político del que formaba parte. Peleó en el bando zapatista donde llegó a coronela y organizó el regimiento Victoria.

Todas estas mujeres revolucionarias abrieron brecha en el periodismo político del que fueron profesionales, pero también en el feminismo en el que militaron como grandes innovadoras sociales, que en distintos momentos se reunieron para solicitar el voto y para ampliar la participación de las mujeres en la vida política. Al respecto, afirma Laura Orellana:

De este modo, el último cuarto del siglo XIX y la primera década del siguiente fueron testigos del surgimiento de conjuntos organizados de mujeres, ya sea dirigiendo revistas, especialmente para este público, como *La Siempreviva*, *Las Hijas del Anáhuac*, *El Álbum de la Mujer*, periódico redactado por señoras y *Violetas del Anáhuac*, o constituyéndose en clubes

políticos, especialmente en los primeros años del siglo xx, como el fundado por Juana Belén Gutiérrez de Mendoza (Amigas del Pueblo) y el de Dolores Jiménez y Muro (Club Femenil Antireeleccionista Hijas de Cuauhtémoc).

Por ello, no es de extrañar que el violento proceso iniciado en 1910 haya atraído a las mujeres, aunque apenas en las últimas décadas se ha comenzado a investigar su amplia participación. Tomaron las tribunas: los hospitales, el campo de batalla, la prensa. Enviaron convencidas a sus propios hijos a los campos de batalla; denunciaron las atrocidades cometidas por sus correligionarios a sus jefes; daban consejos políticos a los caudillos; se ofrecieron como mensajeras y espías; se agruparon en asociaciones literarias feministas o en clubes políticos para apoyar a facciones específicas. Las que escribieron mostraban un entusiasmo contagioso: se alentaban unas a otras para contribuir con el pago de la deuda interior del país. Cambiaron las formas tradicionales de la educación introduciendo métodos modernos como la escuela racional o el sistema Montessori; se lanzaban contra el clero por fanatizarlas y hablaban de la revolución como de la santa causa. Algunas, incluso iban más allá al exigir modificaciones legales que las beneficiaran (Orellana Trinidad, 2001, p. 113).

Los actores (y su género) en la historia de la ciencia

La historia de la ciencia, del interés por el saber y el conocimiento, de su proceso de institucionalización, ha recibido una creciente atención investigativa en los últimos años. En el caso de las ciencias sociales, particularmente asociada con la intención de comprender cuál ha sido su relación con el proceso de consolidación del Estado Mexicano y con la institucionalización política.

Algunas de las preguntas que la historia de la ciencia se plantea son: ¿Dónde, cómo y por quiénes se lleva a cabo la producción científica y la formación de científicos y profesionistas? (actores, contextos y formas de organización). En cuanto a la historia de la institucionalización de las mismas, algunas preguntas son: ¿Cuáles son esos actos institucionales y fundacionales que dan nacimiento a las ciencias y quiénes son los actores (su nombre, su *género*) que los impulsan o los realizan?

Dónde: Los colegios superiores, las universidades y academias; los conventos y colegios de monjas, los salones, seminarios y tertulias, entre otros, son los espacios contextualizados de generación de conocimiento y saber, espacios marcados por la segregación por género durante mucho tiempo y además, precisamente por ello, valorados desigualmente en cuanto al prestigio social que se les atribuye. No todos estos espacios están igualmente segregados ni todos tienen iguales niveles de prestigio en el campo del saber.

Por quiénes: Esta pregunta se dirige, precisamente a nuestra preocupación central, que podría enunciarse de la siguiente manera: ¿es verdad que las mujeres

no han participado en la creación y desarrollo de las instituciones científicas y académicas?, y en su caso ¿por qué? Así pues, la pregunta es si su ausencia en este proceso es real, o si se trata, una vez más, de un asunto de invisibilización cultural. Además de buscar las explicaciones tanto de su semi-exclusión como de su semi-invisibilización.

Las indagaciones históricas sobre este tema, como ya hemos visto, no son nuevas; de hecho, la década de 1970 vendrá a cuestionar la neutralidad de los saberes y a desvelar la política del cientificismo, mostrando los intereses ideológicos inmersos, haciendo evidente la influencia de valoraciones específicas.

Los análisis de la producción de conocimiento, realizados por la sociología del conocimiento y/o por la historiografía estudian a la ciencia como proceso, estudian sus contextos de creación, y destacan que se trata de una producción situada, en el tiempo, en el espacio y en la epistemología.

Pero la década de 1970 es también, por eso mismo, la década del desarrollo del feminismo político y del “afianzamiento de las mujeres en las universidades” (Maffia, 2007).

Los años setenta son, asimismo, años del surgimiento de los programas y centros de estudio sobre “la mujer”, que poco a poco irán convirtiéndose en estudios de género; es decir, son los años de la institucionalización de la perspectiva feminista tanto dentro de las universidades como fuera de ellas (Bartra, 2001); cargando desde luego, con todo el descrédito culturalmente correspondiente, y teniendo que trabajar a contracorriente en busca de legitimidad y presupuesto. A este respecto, cabe reconocer el papel de las ONG y la *oenegización* del feminismo en los años ochenta, en el que se transluce el apoyo de corrientes de pensamiento y movilizaciones internacionales.

Una discusión muy interesante sobre a la institucionalización de los estudios de género se centra en torno a si éstos debieran integrarse a otras disciplinas (planes y programas de estudio e investigación), o si deben buscar convertirse en centros y programas autónomos (*ghettización*), a riesgo de marginalizarse (Bartra, 2001). Tema que, a nuestro parecer, reviste una enorme importancia en el conocimiento del proceso de institucionalización de las ciencias sociales.

La historia de las mujeres en la ciencia busca, por un lado, rescatar las contribuciones que han aportado ellas al desarrollo científico, borradas por las corrientes dominantes de la historia de la ciencia y, como parte de ello, destacar la su participación en la creación y desarrollo de las instituciones científicas. Busca, también, explicar los porqués de esta exclusión, destacando para ello el papel del acceso de las mujeres a la educación y al empleo.

Las mujeres como objeto de estudio en las ciencias

Como parte del rescate o del recuento de la presencia de las mujeres en la ciencia, es posible establecer algunos, pocos, datos. Como ya mencionamos antes, en 1996, Aurora Tovar Ramírez presenta un banco biográfico, constituido por mil quinientos casos de mujeres (mexicanas o extranjeras), cuyas fechas de nacimiento van de 1600 a 1925; que vivieron y desarrollaron actividades en México; mujeres que son reconocidas por sus actividades personales (más allá de sus relaciones de parentesco), actividades que realizan en cualquier campo. Mujeres que aparecen así, como “mujeres ejemplares”.

Ya en el plano más formal o institucional, entre las primeras profesionistas tituladas de México, Tovar menciona, entre otra a la historiadora Narcisca Trujillo, nacida en 1879. Recuerda a Eulalia Guzmán, historiadora y arqueóloga, nacida en 1890. A Emilia Müller, arqueóloga y antropóloga nacida en 1903. A la lingüista Rosa María Gutiérrez, nacida en 1905; a la matemática Rita López Llergo, nacida en 1906. Nos cuenta que en 1945 María Lavalle Urbina (nacida en 1908) fue la primera mujer que se tituló abogada en Campeche, y en 1964 fue la primera senadora del país. La primera mujer que se graduó como antropóloga fue Johanna Faulhaber en 1946; y en 1954, se recibe Alejandra Jaidar, la primera física en la Universidad Nacional Autónoma de México (Tovar, 1996). Pero ya para finales de la década de los 80 (ver anexo1) la proporción de titulación femenina se acerca al 50%.

Por otra parte, hay que recordar que, en los inicios del proceso de oficialización de la cultura nacional, el Ateneo de la Juventud, en el que participaron, entre otros, José Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes y Pedro Enríquez Ureña, cobra una enorme trascendencia por su vigor en la vida intelectual mexicana que lo lleva a en un largo camino que va de 1910 a 1950 a ocupar el centro la cultura mexicana. Algunos autores incluyen en el Ateneo a dos mujeres: la poeta María Enriqueta Camarillo y la pianista Alba Hernández Ogazón; pero, por lo general, estos nombres, se olvidan en el recuento y análisis del Ateneo de la Juventud (Cano, 2001). Además, tampoco se menciona en estos análisis que la presencia femenina en las conferencias organizadas por el Ateneo era numerosa; ni se destaca la aceptación de los ateneístas de discípulas y colegas mujeres. Palma Guillén y Luz Vera fueron, sin embargo, dos muy destacadas alumnas de Antonio Caso. Luz Vera logró obtener el primer grado de doctorado en filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1934, habiendo ingresado en 1910 a la misma escuela, entonces Altos Estudios. Palma Guillén fue gran amiga de los Siete Sabios, particularmente, de Manuel Gómez Morín, Lombardo Toledano y Alberto Vázquez del Mercado, y forma parte de La Generación de 1915, junto con Daniel Cosío Villegas y Narciso Bassols, de quienes también fue gran amiga (Cano, 2001).

Contar, al menos, con algunos nombres, es un avance; pero no resuelve las dudas sobre su participación en la institucionalización de las ciencias en México, y en particular, de las ciencias sociales.

Una pregunta de investigación más específica se refiere a la relación que existe entre la exclusión de las mujeres de los espacios del saber y el momento específico de la “consagración” de las ciencias sociales en el espectro del saber aceptado y calificado como científico y oficial, o institucional, por la comunidad académica nacional.

El momento de la creación de los centros de investigación y estudio parece olvidarse de la presencia de las mujeres al decidir quiénes dirigirán sus destinos. Todo parece indicar que también en México, como en el resto del mundo, las mujeres (algunas mujeres) participaron de las tertulias y en los salones literarios y de discusión; y formaron parte de la “ciudad ilustrada”, hasta que ésta fue reconocida por la oficialidad del saber, como Escuelas, Institutos o Academias (ver, por ejemplo: La historia olvidada de las mujeres de la Escuela de Chicago, de Sivia García Dauder, 2010). Pero en los momentos fundacionales y de institucionalización, o consagración, que reconocen como oficialmente científica su labor, las mujeres quedaron fuera (Pérez, 2000), y no es sino muchos años después que accederán al derecho de admisión. Y, desde luego, ellas no figuran en los puestos de decisión.

Además, como dice Eulalia Pérez Sedeño (2000, p. 3) la importancia y posición de una mujer en una actividad científica determinada es inversamente proporcional al prestigio del que goza esa actividad en una sociedad. A mayor el prestigio del que goza la actividad, menor el papel que juega en ésta la mujer; y al contrario, a mayor el número de mujeres en una actividad, menor el prestigio de la misma. Esto, por lo menos, hasta hace pocos años.

Los momentos fundacionales de las ciencias sociales

Consideramos conjuntamente a la antropología, a la economía, a la ciencia política, a la historia y a la sociología como parte de las ciencias sociales (además de otras disciplinas constituidas a partir de objetos de estudio particulares, como los estudios sobre la mujer, los estudios latinoamericanos, las relaciones internacionales y un largo etcétera) que se ocupan de formular teorías generales y planteamientos analíticos sobre la sociedad, y que lo hacen sobre la base de hipótesis, construcción de datos e información, que proponen conceptos y explicaciones.

La consolidación de la sociología, la antropología, la ciencia política, la economía, la comunicación, como disciplinas y profesiones es un proceso largo que se inicia con la incorporación de cursos de sociología como parte de la formación del bachillerato, luego, con la inclusión de las materias de economía y sociología

en la carrera de derecho; antes de independizarse como carreras autónomas; al mismo tiempo que se desarrolla la investigación sobre lo social, sobre la base de la tradición, primero del positivismo (autores como Andrés Molina Enríquez y Miguel Othón de Mendizábal) y alimentada a partir de la segunda mitad del siglo XX con autores tan diversos como Bergson, Keynes, Boas, Marshall, Weber, Pareto y Marx (Puga, 2009, p. 4).

Este proceso de “institucionalización de las ciencias sociales” (Reyna, 2007) se compone de dos partes que se retroalimentan: por un lado, la creación de institutos de investigación y las publicaciones asociadas a ellos, y por otro lado, la profesionalización o formación especializada para dotar de conocimientos y competencias en diversos campos de lo social.

El proceso de creación de los centros de Investigación inicia después del movimiento revolucionario, con la fundación en 1917, de la Dirección de Antropología en la Secretaría de Agricultura y Fomento, creada por Manuel Gamio, y de la que se derivará, en un largo proceso, el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Después, en 1930, durante el segundo rectorado de Ignacio García Téllez (1929-1932), se crea, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Unam del que más tarde se desprenderá la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

En 1935, la Escuela Nacional de Economía se independiza de la Escuela de Jurisprudencia, bajo la dirección Enrique González Aparicio. Desde entonces la ahora Facultad de Economía ha tenido solamente dos directoras: la doctora Ifigenia Martínez Navarrete (1966-1970) y la maestra Lilia Elena Sandoval Espinosa (1978-1981), ambas egresadas de la Unam y con posgrados, la primera en Harvard y la segunda en la propia Unam.

En 1934, el trabajo editorial que realizaba Daniel Cosío Villegas con Eduardo Villaseñor para la Sección de Economía de la Escuela Nacional de Jurisprudencia desemboca en la creación de la revista *El trimestre económico* y, posteriormente, del Fondo de Cultura Económica, con el propio Cosío Villegas como su director. En 82 años de existencia el Fondo de Cultura Económica ha sido dirigido solo por una mujer: la maestra Consuelo Sáizar Guerrero de 2002-2009, egresada de la carrera de Comunicación de la Universidad Iberoamericana.

En 1938, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas fundan la Casa de España reuniendo para disponerse a la enseñanza y la investigación a importantes intelectuales españoles refugiados en México, lo que da lugar en 1940 a la constitución de uno de los centros culturales más importantes del país, el Colegio de México, con Reyes como director (1940-1959) y Cosío Villegas como secretario. Después de la presidencia de Cosío Villegas, que terminó en 1963 y hasta 2015 el Colegio de México fue presidido solamente por varones y en este último año su junta de gobierno eligió

a la doctora Silvia Goriugui Saucedo, egresada de la Unam, maestra por El Colegio de México y doctora por la Universidad de Brown.

El tres de febrero de 1939, a través de un decreto presidencial se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con Alfonso Caso a la cabeza y con la finalidad de reunir en un solo organismo los diferentes departamentos y direcciones del gobierno federal dedicados a la exploración, vigilancia, conservación, docencia investigación y difusión de la arqueología, la antropología la etnografía y la historia del país. Hacia 2015 el Inah que era una de las dos grandes direcciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes pasó a formar parte de la nueva Secretaría de Cultura. Su directora actual, la doctora en historia María Teresa Franco, que había sido la primera mujer que dirigió el Instituto (de 1992 a 2000), regresó en 2013 a ocupar su dirección.

En 1942, como parte de la institucionalización del Inah, se crea la Escuela Nacional de Antropología e Historia, a partir de una fusión del Departamento de Antropología Biológica de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN, con las cátedras de Arqueología y Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Unam y las de Arqueología, Lenguas indígenas y Etnología que impartía la SEP en el Museo Nacional, el cual además sirve de cobijo a la nueva escuela que queda bajo la férula del Instituto Nacional de Antropología e Historia y bajo la dirección de Alfonso Caso, quien a partir de un acuerdo con el Colegio de México incorpora también la enseñanza de la historia. Aunque se da el mismo lento y paulatino crecimiento de la matrícula femenina, de la primera generación de mujeres formadas en esta institución puede afirmarse que “abrieron brecha en esta disciplina, llevaron a cabo investigaciones y formaron nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas” (Goldsmith y Sánchez, 2014). Quizá por ello y por la evidente ruptura con las convenciones sociales en la que se inscribió la escuela, son mayores tanto la cantidad de investigadoras reconocidas como el número de directoras de la Enah; entre ellas, destacan Mercedes Olivera, Gloria Artís y Florencia Peña Saint Martin.

En 1943, el núcleo principal del Ateneo de la Juventud (Alfonso Reyes, Ignacio, Carlos y Ezequiel A. Chávez, Antonio y Alfonso Caso, José Vasconcelos, Diego Rivera, José Clemente Orozco, Mariano Azuela, Enrique González Martínez, entre otros), en pleno dominio del campo académico e intelectual de México, funda el Colegio Nacional a iniciativa del presidente Manuel Ávila Camacho. De acuerdo con su decreto fundacional, la institución, definida como el lugar de encuentro de los científicos, artistas y literatos más destacados del país, podía incluir hasta veinte miembros. No obstante, los fundadores fueron quince hombres. Aunque el número se amplió a cuarenta en 1971, desde su creación, hasta el año de 1985 el Colegio Nacional fue un club exclusivo para varones. Así que ha tenido ochenta integrantes

(aparte de sus quince miembros fundadores) de los cuales solamente tres han sido mujeres: la historiadora del arte Beatriz de la Fuente que ingresó en 1985, y a cuya muerte, acaecida en 2005, el Colegio Nacional volvió a quedarse sin representación femenina; y después, la psicóloga María Elena Medina Mora, que ingresó en 2006, y la arqueóloga Linda Manzanilla que lo hizo en 2007.

El caso del Colegio Nacional se parece al de la Academia Mexicana de la Lengua que, fundada en 1875, ha tenido entre sus miembros solo a nueve mujeres (a partir de 1974, cuando ingresó María del Carmen Millán) y en 2016 tendrá una más, la novelista Rosa Beltrán (Melgar, 2015). Otro tanto ocurrió con la Academia de la Investigación Científica que, nacida en 1959 y convertida en 1996 en Academia Mexicana de Ciencias, solamente ha sido presidida por una mujer: la doctora Rosaura Ruiz, actual directora de la Facultad de Ciencias de la Unam.

En 1948, Alfonso Caso creó también el Instituto Nacional Indigenista (Paoli, 1990), que el gobierno de Vicente Fox convirtió, en 2000, en la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. Entre 1998 y 2000, la hoy embajadora en la India, Melba Pría Olivarieta fue su primera directora y, de 2006 a 2009 la ingeniera Xóchitl Gálvez, actual delegada política. En el caso de Gálvez el puesto constituía un doble reconocimiento, pues su perfil era el de una mujer de ascendencia indígena (aunque no hablante de la lengua otomí).

Por su parte, el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) se fundó a fines de noviembre de 1940 gracias a las gestiones del maestro Jesús Silva Herzog, director de la Escuela Nacional de Economía (ENE), ante el rector Gustavo Baz. Desde 1969 el Instituto se maneja de manera independiente, y su directora actual, la doctora Verónica Villarespe Reyes, egresada de la Facultad de Economía, se halla cumpliendo su segundo periodo al frente del instituto. Por su parte, en 1951, el director del Instituto de Investigaciones Sociales, Lucio Mendieta, impulsa la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales; y a la fecha sólo una mujer, la doctora Cristina Puga, ha ocupado la dirección.

En 1952, la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional se independiza de la Escuela Superior de Comercio y Administración bajo la dirección de Rodolfo Ortega Maya y hasta la fecha su dirección sólo la han ocupado varones. En cambio, el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Unam nace en 1973 bajo la dirección Jaime Litvak y desde entonces hasta la fecha lo han dirigido cuatro mujeres y tan solo tres hombres; han sido sus directoras: Mari Carmen Serra Puche en dos ocasiones (1985-1991 y 2002-2004), Lourdes Arizpe Scholsser (1991-1994), Linda Manzanilla Naim (1998-2002) y Cristina Oehmichen Bazán (2012-2016).

Una mujer, Consuelo Meyer, cercana colaboradora de Cosío Villegas, que además, fundó la Escuela de Economía de la Universidad de Nuevo León, fundó y dirigió

el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (Cedua), que nació en 1964, con el nombre de Centro de Estudios Económicos y Demográficos; pero tuvieron que pasar cuarenta y cinco años para que fuera dirigido por otra, esta fue Silvia Goriugui Saucedo (2009-2013), la actual presidenta del Colmex.

El Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social nació en 1973 bajo el impulso de Gonzalo Aguirre Beltrán, con Guillermo Bonfil y Ángel Palerm como sus primeros directores. Se llamaba Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Cisnah) y en 1980 lo reestructuraron y cambiaron su nombre por el actual. Su primera directora mujer fue la doctora Teresa Rojas Rabiela (1990-1996) y la segunda Virginia García Acosta (2004-2014).

Por último, el Centro de Investigación y Docencia Económicas que fundó y presidió en 1973 Francisco Javier Alejo sólo ha tenido presidentes y directores masculinos en sus 43 años de vida.

En 1976, en pleno auge del feminismo y la feminización de la matrícula y de la docencia universitaria, se constituye el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comecso) como una instancia de asociación de las instituciones de dedicadas en México a las ciencias sociales, con un directorio del todo masculino. Sobre ello escribe Cristina Puga:

En 1976, un grupo de académicos decidieron crear una organización que agrupara a las principales escuelas de ciencias sociales en el país y sirviera de canal de expresión y de mejoramiento académico. Surgió así, el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (Comecso), formalizado legalmente en enero de 1977. Firmaron, como impulsores de esta iniciativa, Antonio Delhumeau, Arturo Bonilla y Julio Labastida, directores, respectivamente, del Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas, del Instituto de Investigaciones Económicas y del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional directores del Centro de Estudios Sociológicos y del Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México, respectivamente; Francisco J. Paoli, director del Departamento de Sociología de la Universidad Iberoamericana; Jesús Arroyo Alejandro, director del Centro de Investigaciones Sociales y Económicas de la Universidad de Guadalajara; Luis Leñero, director del Instituto Mexicano de Estudios Sociales, A.C.; Enrique Florescano y Guillermo Bonfil Batalla, directores del Centro de Estudios Históricos y del Centro de Estudios Superiores, respectivamente del Instituto Nacional de Antropología e Historia, así como Adolfo Mir Araujo y Claude Heller, directores de los Departamentos de Sociología en los campus Iztapalapa y Azcapotzalco de la entonces recién creada Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). El modelo de la nueva organización fue el del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), constituido 10 años antes para estimular la cooperación entre los centros de ciencias sociales de la región latinoamericana (Puga, 2009, pp. 20-21).

Lo que es de nuestro interés particular sobre el proceso de institucionalización de las ciencias sociales, es que en todos los recuentos históricos realizados en torno a las propuestas, creaciones y desarrollos tempranos de estos centros, institutos y escuelas, todos los nombres de actores mencionados y destacados son masculinos, y esto en particular tiene relevancia y explicación en el hecho de que dichos campos de conocimiento están siendo dotados de poder, están siendo “consagrados” (Bourdieu, 1980), reconocidos formal e institucionalmente como detentores del saber calificado como científico, y que, por añadidura, se trata de un saber convocado a consolidar el Estado mexicano posrevolucionario.

Creemos que una teorización poderosamente conveniente a la explicación de este fenómeno social de la historia de las ciencias es la planteada por Bourdieu, respecto al capital cultural. Así, diríamos que no sólo los actores, sino los campos o disciplinas mismas son “consagrados” o dotados de reconocimiento (poder y recursos) en el terreno del capital cultural (Bourdieu, 1980). No será sino lenta y paulatinamente que algunas mujeres serán aceptadas y reconocidas con plenos derechos en las instituciones de las ciencias sociales.

Conclusión

El orden de género y su correspondiente distribución desigual de poder y el prestigio entre hombres y mujeres no hacen excepción en el campo de la ciencia y el saber. Las ciencias sociales actúan y analizan al mismo tiempo dicho orden, cuya manifestación es histórica. La historia de las ciencias y de sus instituciones forma parte de este proceso de construcción, reproducción, desconstrucción y transformación en que naturalización e invisibilización no son un destino inmutable.

Falta mucho por hacer, pero el camino está marcado. El argumento que por mucho tiempo justificara la exclusión femenina de los puestos de autoridad académica, ha quedado cuestionado y evidenciado. No es que ellas no estuvieran ahí, es que su presencia fue borrada. Su ausencia de la vida política y de los registros no es natural, es una producción artificial que debe ser analizada, denunciada y revertida.

Anexo 1

Titulación de Licenciatura en la Unam, 1924-2015 (por género)

AÑO	HOMBRES	% HOMBRES	MUJERES	% MUJERES	TOTAL
1924	203	72	80	28	283
1925	218	74	75	26	293
1926	220	78	63	22	283
1927	210	66	108	34	318
1928	227	70	98	30	325
1929	273	65	146	35	419
1930	255	64	145	36	400
1931	277	68	128	32	405
1932	329	74	118	26	447
1933	412	71	169	29	581
1934	564	75	185	25	749
1935	511	76	164	24	675
1936	569	79	151	21	720
1937	646	79	175	21	821
1938	552	83	111	17	663
1939	602	83	122	17	724
1940	610	86	96	14	706
1941	611	83	124	17	735
1942	670	80	169	20	839
1943	744	81	175	19	919
1944	784	76	250	24	1,034
1945	897	83	189	17	1,086
1946	940	78	262	22	1,202
1947	1,006	79	266	21	1,272

AÑO	HOMBRES	% HOMBRES	MUJERES	% MUJERES	TOTAL
1948	911	78	260	22	1,171
1949	1,033	81	240	19	1,273
1950	1,045	79	284	21	1,329
1951	997	76	321	24	1,318
1952	1,031	75	337	25	1,368
1953	1,251	80	321	20	1,572
1954	1,204	77	366	23	1,570
1955	1,258	81	292	19	1,550
1956	1,163	81	268	19	1,431
1957	1,077	78	300	22	1,377
1958	1,203	78	340	22	1,543
1959	1,394	82	297	18	1,691
1960	1,411	82	303	18	1,714
1961	1,463	82	331	18	1,794
1962	1,615	82	346	18	1,961
1963	2,236	78	626	22	2,862
1964	2,429	82	526	18	2,955
1965	2,766	80	677	20	3,443
1966	2,578	78	741	22	3,319
1967	3,170	77	936	23	4,106
1968	3,330	80	819	20	4,149
1969	4,190	79	1,133	21	5,323
1970	4,570	79	1,214	21	5,784
1971	5,226	80	1,345	20	6,571
1972	4,142	79	1,105	21	5,247
1973	5,358	79	1,413	21	6,771

AÑO	HOMBRES	% HOMBRES	MUJERES	% MUJERES	TOTAL
1974	3,498	76	1,123	24	4,621
1975	5,396	76	1,738	24	7,134
1976	6,204	74	2,197	26	8,401
1977	6,801	73	2,457	27	9,258
1978	6,740	72	2,570	28	9,310
1979	6,555	69	2,957	31	9,512
1980	5,763	66	2,917	34	8,680
1981	6,157	66	3,167	34	9,324
1982	6,326	65	3,344	35	9,670
1983	6,416	65	3,520	35	9,936
1984	6,467	62	3,991	38	10,458
1985	6,712	61	4,247	39	10,959
1986	7,365	57	5,592	43	12,957
1987	6,147	56	4,841	44	10,988
1988	5,936	50	5,916	50	11,852
1989	6,547	57	4,846	43	11,393
1990	6,040	57	4,638	43	10,678
1991	5,716	58	4,175	42	9,891
1992	5,722	55	4,632	45	10,354
1993	7,076	53	6,254	47	13,330
1994	5,608	48	5,970	52	11,578
1995	6,133	51	5,890	49	12,023
1996	5,971	49	6,112	51	12,083
1997	6,267	46	7,275	54	13,542
1998	5,513	46	6,495	54	12,008
1999	2,967	45	3,665	55	6,632

AÑO	HOMBRES	% HOMBRES	MUJERES	% MUJERES	TOTAL
2000	5,113	47	5,816	53	10,929
2001	5,891	44	7,450	56	13,341
2002	5,980	45	7,364	55	13,344
2003	5,969	45	7,351	55	13,320
2004	5,632	45	6,928	55	12,560
2005	5,590	43	7,509	57	13,099
2006	5,960	45	7,261	55	13,221
2007	6,281	41	9,161	59	15,442
2008	6,858	40	10,202	60	17,060
2009	6,960	41	10,010	59	16,970
2010	7,542	41	11,056	59	18,598
2011	7,587	42	10,485	58	18,072
2012	8,529	43	11,142	57	19,671
2013	8,760	43	11,612	57	20,372
2014	9,464	44	12,270	56	21,734

Referencias Bibliográficas

- ALIC, Margaret. (1986), *Hypanthia's heritage*. Boston, Bacon Press.
- ALVARADO, María de Lourdes. (2003), "Mujeres y educación 'superior' en el siglo XIX: arranque de un proceso". In: GALVÁN, Luz Elena (coord.), *Diccionario de historia de la educación*. México, Conacyt/Ciesas/DGSCA/Unam. Disponible en: <http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/indart.htm>, consultado el octubre 20015.
- AZIZE, Yamila. (1993), "Reflexiones históricas sobre la mujer en las ciencias y la ingeniería en Puerto Rico". In: AZIZE, Yamila y OTERO, E. (eds.). *Mujer y ciencia*. Puerto Rico, Pro Mujer, pp. 1-8.
- BARRANCOS, Dora. (2000), "Itinerarios científicos femeninos a principios del siglo XX: solas, pero no resignadas". In: MONTSERRAT, Marcelo (comp.). *La ciencia en la Argentina entre siglos*. Buenos Aires, Manantial, pp. 127-144.

- _____. (2007). *Mujeres en la sociedad argentina: una historia de cinco siglos*. Buenos Aires, Sudamericana.
- BARTRA, Eli. (2001), "Las mujeres y las humanidades". In: BLANCO FIGUEROA, Francisco. *Mujeres mexicanas del siglo XX: la otra revolución*. México, Edicol, tomo 3.
- BOURDIEU, Pierre. (1980), *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- CANO, Gabriela. (2001), "Las mujeres y las humanidades" In: BLANCO FIGUEROA, Francisco. *Mujeres mexicanas del siglo XX: la otra revolución*. México, Edicol, tomo 2.
- CASTELLANOS, Rosario. (1950), *Sobre cultura femenina*. México, Ediciones de América.
- GARCÍA DAUDER, Silvia. (2010), "La historia olvidada de las mujeres de la Escuela de Chicago". *Reis*, 131: 11-41.
- _____. (2006), "Ni solas ni resignadas: la participación femenina en las actividades científico-académicas de la Argentina en los inicios del siglo XX", *Cadernos Pagu*, 27: 133-172.
- Gamio, Manuel. (1942), "Franz Boas en México". *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)*, 6 (1/3): 35-42.
- GLANZ, Margo. (1992), "Sor Juana y otras monjas: la conquista de la escritura". *Debate Feminista*, 5: 223-239.
- GOLDSMITH CONNELLY, Mary Rosaria & SÁNCHEZ GÓMEZ, Martha Judith. (2014), "Las mujeres en la época de oro de la antropología mexicana: 1935-1965". *Mora*, 20 (1). Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853001X201400100003&lng=es&tlng=es, consultado el 25/2/2016.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Rosa María. (2006), "Las mujeres y su formación científica en la ciudad de México: siglo XIX y principios del XX". *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, julio-septiembre, pp. 771-795.
- GONAZALEZ Y LOBO, María Guadalupe. (2007), "Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano". *Casa Abierta al Tiempo*, 9 (99), mayo-junio.
- LEMOINE, Waleska. (1986), "La mujer y el conocimiento científico". *Quiqu*, 3: 189-211.
- _____. (1993), "Perspectivas históricas sobre la mujer y la ciencia". In: AZIZE, Yamila & OTERO, E. (eds.). *Mujer y ciencia*. Puerto Rico, Pro Mujer, pp. 9-22.
- MARTINEZ CUESTA, A. (1996), "Las monjas en la América Colonial, 1530-1824". *Mayéutica*, 22 (54): 287-338.
- MAFFÍA, Diana. (2007), "Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12 (28): 63-98.
- MELGAR, Lucía. (2015), "Invisibles: breve recorrido en busca de las ___ ausentes (llénesse al terminar la lectura)". *Nexos*, febrero.
- MURIEL, J. (1982). *Cultura femenina novohispana*. México, UNAM/IIH.
- ORELLANA TRINIDAD, Laura. (2001), "La mujer del porvenir: raíces intelectuales y alcances del pensamiento feminista de Hermila Galindo, 1915-1919". *Signos Históricos*, (5): 109-137.

- PAOLI BOLIO, Francisco José (coord.). *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, Unam/Porrúa.
- PÉREZ SEDEÑO, Eulalia. (2000), "Institucionalización de la ciencia, valores epistémicos y contextuales: un caso ejemplar". *Cadernos Pagu*, 15: 77-102.
- PUGA, Cristina. (2009), "Ciencias sociales: un nuevo momento". *Revista Mexicana de Sociología*, 71: 105-131.
- RAMOS ESCANDÓN, Carmen (comp.). (1992), *Género e historia: la historiografía sobre la mujer*. México, Instituto Mora y Universidad Autónoma Metropolitana.
- REYNA, José Luis. (2007), "La institucionalización de las ciencias sociales en México". In: TRINIDADE, Helgio (coord). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México, Siglo XXI, pp. 249-328.
- RODRIGUEZ DE ROMO, Ana Cecilia & CASTANEDA LOPEZ, Gabriela. (2012), "La incorporación de las primeras médicas mexicanas a agrupaciones científicas, académicas y sociales", *Signos Históricos*, 14 (28): 8-42.
- RUBIAL GARCÍA, Antonio. (2006), *Profetisas y solitarios: espacios y mensajes de una religión dirigida por ermitaños y beatas laicos en las ciudades de Nueva España*. México, FCE/Unam.
- RUIZ MARTINEZ, Apen. (2006), "Zelia Nuttall e Isabel Ramírez: las distintas formas de practicar y escribir sobre arqueología en el México de inicios del siglo XX". *Cadernos Pagu* [online], n. 27, pp. 99-133. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1590/S0104-83332006000200006>.
- RUTSCH, Mechthild. (2003), "Isabel Ramírez Castañeda (1881-1943): una antihistoria de los inicios de la antropología mexicana". *Cuicuilco*, enero-abril.
- SCHIEBINGER, Londa. (1986), "The history and philosophy of women in science: a review essay". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 12 (2): 305-352.
- _____. (1989), *The mind has no sex? Women in the origins of modern science*. Cambridge, Harvard University Press.
- TOVAR RAMÍREZ, Aurora. (1993), "Pioneras de la ciencia en México". Comunicación presentada en el XIX Congreso Internacional de Historia de la Ciencia, 22-29 de agosto. Zaragoza, España.
- _____. (1996), *Mil quinientas mujeres en nuestra conciencia colectiva: catálogo biográfico de mujeres de México*. México, Documentación y Estudio de Mujeres.
- _____. (2004), "Ephemeris calculada al meridiano de México para el año del señor de 1757 por Doña María Francisca Gonzaga de el Castillo". In: RODRIGUEZ-SALA, María Luisa (coord.). *Del estamento ocupacional a la actividad científica: astrónomos, astrólogos e ingenieros (siglos XVII al XIX)*. México, Unam, pp. 131-172.
- TUÑÓN, Julia. (2011), "Voces a las mujeres: antología del pensamiento feminista mexicano, 1873-1953". México, UACM.

Resumen

La mujer como sujeto y objeto de estudio en la historia de las ciencias sociales en México

Con la finalidad de abrir una reflexión sobre la participación de las mujeres en la historia de las ciencias sociales en México, se plantea el fenómeno de la invisibilización como el modelo de la anulación de las mujeres de la historia de las distintas actividades de la vida pública. El reconocimiento excepcional de algunas mujeres en el ámbito cultural tiene como corolario el ocultamiento de una multitud de profesionales que ayudaron al avance de las distintas disciplinas. Se propone introducir la perspectiva de género a la historia de las ciencias sociales y se muestra su presencia continua en los diversos espacios de conocimiento y apropiación del saber y, en contraste, su ausencia tanto en los puestos directivos como en los registros de los momentos fundacionales de las diferentes disciplinas que han contribuido a forjar.

Palabras claves: Ciências sociais; México; Mulheres; Institucionalização.

Resumo

A mulher como sujeito e objeto de estudo na história das ciências sociais

Com a finalidade de iniciar uma reflexão sobre a participação das mulheres na história das ciências sociais no México, expõe-se o fenômeno da invisibilização como modelo para a desaparecimento das mulheres na história das diferentes atividades da vida pública. O reconhecimento excepcional de algumas mulheres no âmbito da cultura tem como corolário a desaparecimento e o ocultamento de uma grande maioria de profissionais que ajudaram no avanço das diferentes disciplinas. Aborda-se sua presença contínua nos espaços do conhecimento e apropriação do saber e sua ausência tanto em cargos de direção como nos registros dos momentos fundantes das disciplinas que contribuíram em forjar.

Palavras-chave: Mulheres; Invisibilização; Gênero; Ciências sociais.

Abstract

Women as subjects and objects of study in the history of social sciences

On behalf of the reflection on participation of women in the history of social sciences in Mexico, the phenomenon of invisibilization is proposed as the model of the annulment of women in the history of the different activities of public life. The exceptional recognition of some women in the cultural field has as a corollary the concealment of a multitude of professionals who helped advance the different disciplines. It is proposed to introduce the gender perspective into the history of the social sciences and show its continuous presence in the various spaces of knowledge and appropriation of knowledge and, in contrast, its absence both in the management positions and in the foundational moments records of the different disciplines they have contributed to forge.

Keywords: Women; Invisibilization; Gender; Social sciences.

Texto enviado em 29/2/2016 e aprovado em 16/3/2016. DOI: 10.11606/0103-2070.
ts.2016.111583.

MARÍA GARCÍA CASTRO es profesora del Universidad Nacional Autónoma Metropolitana-
-Azcapotzalco. E-mail: airangaca@gmail.com.

